

## Los Antecedentes Cistercienses del Rosario\*

Dom Wilmart, benedictino, publicó hace años en la *Revue d'Ascétique et de Mystique* un estudio titulado "Las meditaciones de Esteban Sallai sobre los gozos de la Santísima Virgen"<sup>1</sup>; luego ese estudio fue incluido en la voluminosa recopilación que lleva por título *Autores espirituales y textos devotos de la Edad Media latina*<sup>2</sup>. En una nota en la p. 325, D. Wilmart escribe:

Es suficiente haber examinado los antecedentes, que se pueden llamar monásticos, del Rosario, para convencerse de que el ejercicio de los "Quince Gozos" (que comportaba la recitación continua del avemaría...) ofrece como una primera imagen, en verdad semejante, de lo que sería luego el Rosario, en el siglo XV después de la intervención de los cartujos y de Alain de La Roche<sup>3</sup>

En otro lugar vuelve a poner en una nota:

En cuanto al Rosario, no es difícil verlo aparecer en escena, no en el siglo XIII sino ya en el siglo XII, entre los monjes; también nos encontramos con el nombre y con la cosa en el siglo XV, con anterioridad a las iniciativas de Alain de La Roche<sup>4</sup>, entre los cistercienses y los cartujos, sobre todo en los países germánicos<sup>5</sup>.

---

\* De *Collectanea Cisterciensia* 56 (1994) pp 153-170. Traducción de Paula Debussy, osb (Abadía Santa Escolástica).

<sup>1</sup> *Revue d'Ascétique et de Mystique*, oct. 1929, pp. 368-415.

<sup>2</sup> D. Wilmart, *Auteurs spirituels et textes dévots du Moyen Âge latin*, XVIII, pp. 317-360.

<sup>3</sup> *o.c.* p. 325. Ver también D. Wilmart, "Une chaîne de prières à la Mère du Sauveur", en *Supplément à la Vie Spirituelle*, oct. 1931.

<sup>4</sup> Cf. *La vie et les arts liturgiques*, mayo 1922, pp. 108 ss.

<sup>5</sup> D. Wilmart, *Auteurs spirituels...* nota (2) p. 583; Addenda: nota p. 360.

El P. Mahé, s.m. defendió hace años en el Pontificio Ateneo Angelicum de Roma, una tesis de doctorado cuya conclusión publicó en *La Vie Spirituelle*<sup>6</sup> con el título "Aux sources de notre Rosaire". Conoce la opinión de D. Wilmarit y, a partir de una copiosa documentación, abunda en el parecer del estudioso benedictino. Ha habido una prehistoria del Rosario. Su punto de partida se sitúa a fines del siglo XI. Su formación se extiende a lo largo de cinco siglos y es una herencia de la cristiandad medieval. Los primeros esbozos de la forma actual, los quince misterios, se remontan a mediados del siglo XV.

En nuestros días, los dominicos, especialistas del Rosario, están enteramente de acuerdo sobre este punto. El P. Marie -Joseph Nicolas escribe:

Rosario, corona, provienen del vocabulario medieval. Corona quiere decir corona de flores. El Rosario era como una guirnalda de rosas con la que se coronaba a María. La rosa era el símbolo de la belleza y del amor, de la mujer idealizada... Desde el comienzo, el Rosario ha sido algo muy diferente de una piadosa práctica de devoción que hoy estaría pasada de moda. El Rosario nació de la contemplación del misterio de María y pasó desde los claustros al pueblo fiel... El Rosario no quedó constituido de buenas a primeras<sup>7</sup>.

En el misal "Ephata", el P. M- Dominique Philippe hace notar (el 7 de octubre) que el uso de las tres cincuentas se propagó desde el siglo XII. Ya en 1912, otro dominico, el P. Mézard, había pedido

... que los cartujos, los cistercienses, los premonstratenses, los franciscanos, nos digan qué lugar acordaron sus antepasados al avemaría y a la recitación múltiple de las avemarías, y así llegaremos a constituir una historia de los orígenes del Rosario menos sujeta a contestación<sup>8</sup>.

Hoy en día todo el mundo está de acuerdo sobre la existencia de una prehistoria del Rosario. En el número de la *Vie Spirituelle* ya citado, el P. Duval o.p. reacciona muy vigorosamente:

¿Santo Domingo, iniciador –por la intervención de la Virgen María– de la devoción del Rosario? ¿Quién se atiene todavía hoy a los relatos fantásti-

<sup>6</sup> *La Vie Spirituelle, supplément*, nº16, 15 feb. 1951, pp. 101-120.

<sup>7</sup> *La Vie Spirituelle*, enero-febrero 1987, pp.12-15. Este número está dedicado por entero al Rosario.

<sup>8</sup> P. Mézard, *Études sur les origines du Rosaire*, p. 10.

cos propuestos a fines del siglo XV por Alain de La Roche, a quien el P. Vicaire o.p. ha podido denunciar como el "más temible" entre los "corruptores de la hagiografía dominica"<sup>9</sup>

Esto es hoy un hecho admitido cuya explicación es la siguiente: Alain de La Roche confundió, al parecer, a un cartujo, llamado Domingo, con el fundador de los frailes predicadores. Este cartujo se llamaba efectivamente Domingo de Prusia y entró a la Cartuja de Tréveris<sup>10</sup>. Su primera obra aparecida hacia 1410, fue probablemente *El Rosario de María*, o, más bien, su método especial de recitar las cincuenta avemarías añadiendo a cada invocación una pequeña frase que recordase uno de los misterios de la vida de Cristo y de su Madre. Pero, con este Domingo, estamos lejos del siglo XII, puesto que murió en 1460. No hay duda de que los cartujos contribuyeron mucho al establecimiento del Rosario. El rosario de cuentas blancas que cuelga de su cintura es, en un sentido, menos anacrónico de lo que se podría pensar. Pero en los comienzos de su Orden, tuvieron buen cuidado de

...depurar la liturgia de todos los añadidos adventicios que la habían invadido... Guigo, en particular, dio pruebas en esto de una intransigencia beneficiosa en más de un punto... Él no admite ni el Avemaría, ni la Salve, y ni siquiera el oficio de Beata, que todavía no era obligatorio<sup>11</sup>.

Esto vale también para los cistercienses. Es sabido que Abelardo les reprochaba:

Ustedes apenas han nacido y se muestran tan seguros de su novedad que, a despecho de la costumbre inveterada, tanto de monjes como de clérigos, y en uso todavía actualmente, no han tenido reparos en establecer un nuevo oficio divino.

Y sigue dando algunos ejemplos:

Han dejado de lado los himnos usados comúnmente y han introducido otros jamás oídos hasta ahora entre nosotros, desconocidos por la mayor parte de las Iglesias y mucho menos satisfactorios... Así, durante todo el año, tanto en las vigilijs de las ferias como en las de las solemnidades,

<sup>9</sup> *La Vie Spirituelle*, (ver nota 6) p. 35. El P. Mahé (art. citado) llega a hablar de "un cierto desequilibrio mental" en Alain de La Roche.

<sup>10</sup> *D. Sp.*, art. *Dominique de Prusse*, col. 1540.

<sup>11</sup> *D. Sp.*, art. *Chartreux*, col. 715 d.

ustedes se contentan con un solo y único himno... en consecuencia, los que los oyen cantar *Aeterne rerum conditor* en Navidad, en Pascua, en Pentecostés y hasta en las demás solemnidades se quedan soberanamente estupefactos (*summo stupore*). Lejos de admirarles, ¡tienen ganas de reírse de ustedes! Las oraciones (litánicas) que siguen a la oración del Señor y que la Iglesia recita en todas partes, así como los sufragios de los santos, ustedes los han suprimido, como si el mundo no tuviese necesidad de las oraciones de ustedes, y ustedes, menos necesidad que él de los sufragios de los santos. Y mientras dedican todas sus iglesias en honor de la Madre del Señor sorprende que ustedes no hagan memoria de ella y tampoco, por otra parte, de los otros santos<sup>12</sup>.

Y Abelardo continúa enumerando sus asombros. La actitud de los cistercienses en los comienzos de la Orden corre pareja, como se ve, con la de los cartujos.

En lo que respecta al oficio parvo *de Beata*, tenemos un testimonio formal de su no-recitación. Este testimonio se halla en el *Gran Exordio*, "ese documento de primerísimo valor", al decir de Gilson<sup>13</sup>. El bienaventurado Reinardo, abad del Cister (+1150), deseaba conocer a Cristián, monje de L'Aumône de Chartres, que tenía gran fama de santidad. Pidió al abad de dicho monasterio que se lo enviara, lo que le fue concedido. Y ahí tenemos a nuestro Cristián cabalgando camino del Cister con un compañero. Al mediodía se detuvieron para recitar juntos la hora de Sexta. Luego el compañero de Cristián se apartó un poco, pues cada uno debía recitar por separado la hora correspondiente al oficio de la Virgen, ya que —agrega el autor del *Gran Exordio* (Conrado de Eberbach, antiguo monje de Clara-val)— "la autorización para recitar en común las Horas de la Virgen no había sido concedida aún"<sup>14</sup>.

Luego, poco a poco se les fue concediendo a los monjes que residían en la enfermería, pero estaban dispensados de rezarlo en las fiestas de la Virgen, evidentemente, y en ciertos tiempos litúrgicos (Navidad, Pascua, Pentecostés). Los que iban de viaje, una vez traspuestos los límites del

<sup>12</sup> Pedro Abelardo, *Carta 10 a Bernardo de Clara-val* PL 178, col 339.

<sup>13</sup> E. Gilson *Théologie mystique de Saint Bernard*, p. 234.

<sup>14</sup> *Exordium Magnum cist.*, dist. I, col.34; edición crítica de Bruno Griesser. Ed. cist., 1961, p.95.

monasterio, podían decirlo *cuando lo quisieran*<sup>15</sup>. Para la comunidad, el Capítulo general lo autorizó recién en 1185<sup>16</sup>.

Para esta fecha, hacía ya unos treinta años que había muerto San Bernardo. Pero ¿sería temerario pensar que él tuvo alguna influencia, o tal vez mucha, en la evolución de la legislación cisterciense? Su carisma mariano marcó muy profundamente su comunidad de Claraval y todas sus filiales. Escuchémoslo:

Mirad, pues, más alto y ved con cuánta devoción quiso que honráramos a María, Aquel que depositó en ella la plenitud de todos los bienes. Toda nuestra esperanza, gracia y salvación desborden, pues de ella... Con todas las fuerzas de nuestro corazón, con nuestros más vivos sentimientos y anhelos, veneremos a María, porque es voluntad del Señor que todo lo re-

---

<sup>15</sup> *Statuta 1191*; n. 75, ed. Canivez, t. I, p.144. El mismo estatuto es retomado en 1194, n. 1, con una fórmula demasiado concisa para ser clara: *praeter in conventu*. ¿Qué quiere decir exactamente? ¿Podría ser: *No juntos*, o bien: *Al menos que no lo hayan dicho ya en comunidad*? Porque el oficio de la Virgen había sido introducido en comunidad en 1185. Ver nota siguiente.

<sup>16</sup> *Statuta 1185*, n. 28, t. I, p. 202. *Statutum est in Capitulo generali ut horae beate Mariae dicantur in conventu et in infirmitorio hoc modo... etc.* En 1195, n. 102 (ibídem p. 197), el mismo estatuto vuelve a ser retomado palabra por palabra: *horae B. M. dicantur in conventu...* Frente a estos dos estatutos uno puede asombrarse de una nota que acompaña la edición de *La Vida de reclusa* de San Elredo de Rieval (SCh 76, p. 66, n. 1) que dice: "El oficio de la Virgen se propagó en el monacato occidental a partir de fines del siglo XI". Y se remite a D. Berlière, *L' ascèse bénédictine des origines à la fin du XIIIe siècle*, Maredsous, 1927, p. 49. Después la nota continua: "Sin embargo, como este oficio no figura en la Regla de San Benito los cistercienses autorizaron en sus monasterios solo la recitación privada". Hasta aquí, nada que decir. Pero la nota sigue: "La recitación coral fue definitivamente admitida por el Capítulo General de 1378 y se hizo diaria en 1656. Parece que la práctica cisterciense primitiva había sido ubicar la recitación privada de este oficio después de la parte correspondiente del oficio canonical". Las fechas indicadas aquí son manifiestamente contrarias a las dadas por los *Statuta*. El P. Nivard Renaud observaba antaño que el oficio parvo no figuraba en el ms. tipo de los libros litúrgicos, y que se trata de él solo en 1316. Otra variante. (Cf. *Coll. Cist.* 5 [1938] p.118). En cambio el P. François de Place, de acuerdo con el P. Chrysogone Waddel, *Aux sources cisterciennes*, p. 111, da la fecha de los *Statuta* de 1185 para la adopción del oficio parvo.

cibamos por María (Sermón del Acueducto n.6-7. Ed. española T.IV p. 425).

Más aún, hay un punto especial en el que Bernardo nos parece estar más directamente relacionado con la historia del Rosario: la enumeración frecuente y uno tras otro, de los misterios de Cristo y de su Madre. Por ejemplo, un 8 de septiembre, fiesta de la Natividad de María:

Dios incomprendible e inaccesible, invisible y superior a todo pensamiento humano, ahora ha querido ser comprendido, hacerse visible y accesible a nuestra inteligencia. ¿De qué modo, me dirás? Pues acostado en un pesebre, reposando en el regazo de su madre, predicando en la montaña, pasando la noche en oración; o bien, pendiente de la cruz, en la lividez de la muerte, libre entre los muertos y dominando el poder de la muerte; e, igualmente, resucitando al tercer día y mostrando a los apóstoles la marca de los clavos, como signo de victoria; y subiendo finalmente, ante su mirada, hasta lo más íntimo de los cielos. ¿No merece todo esto una verdadera, piadosa y santa meditación? Cuando medito en cualquiera de estas cosas, mi pensamiento va hasta Dios, y en todas encuentro a mi Dios. A esta meditación la llamo sabiduría, y para mí la prudencia consiste en ir saboreando recuerdos tan llenos de dulzura (del mismo sermón, n. 11, p. 431).

Lo que dice en la Natividad de la Virgen lo repite en la vigilia de Navidad. Ese día explica cómo la fe representa algo anormal para el espíritu humano, que está hecho para la evidencia:

Es admirable cómo el corazón humano adapta su fe a estas dos realidades, cómo ha podido creer que Dios fuese hombre y que la Virgen diera a luz. ¿Cómo creer que aquel Dios es el mismo que reposa en el pesebre, que llora en la cuna, que sufre las necesidades de cualquier otro niño, que es azotado, escupido, crucificado, colocado en el sepulcro, aprisionado entre dos piedras, y que, además, es excelso e inmenso? ¿Será virgen la mujer que amamanta al niño, que tiene a su marido por constante compañero?... ¿Cómo podrá convencerse de esto la humanidad y toda la creación? Y sin embargo, tan fácil y prodigiosamente se convenció, que es precisamente esa multitud de creyentes quien me lo hace fácil a mí de creer (Vigilia de Navidad, ser. 3, n. 9. Ed. española, T. III, p. 157).

Por otra parte, estos misterios se han revelado eficaces; el Hijo de María, nuestro Salvador, comenzó a sanarnos ya por su concepción en el seno materno. Esta visión de nuestro destino inspira a San Bernardo la siguiente plegaria:

¿Estarás dispuesto, Señor Jesús, a darme tu vida, como me has dado tu concepción?

Y el Señor le responde:

Te doy mi concepción y mi vida en todas sus etapas: infancia, niñez, adolescencia, juventud. Te lo doy todo: hasta mi muerte y resurrección, mi ascensión y el mismo Espíritu Santo. Para que mi concepción limpie la tuya, mi vida informe la tuya, mi muerte destruya la tuya, mi resurrección anticipe la tuya, mi ascensión prepare la tuya, y el Espíritu Santo acuda en auxilio de tu debilidad. De este modo verás con toda claridad el camino que debes seguir, las cautelas que debes tomar, y la patria a donde te diriges. En mi vida reconocerás la tuya... Con mi muerte te concederé mi justicia... Y después de hacer todo esto volveré a mi casa... Y para que no murmures ni estés triste, te enviaré el Espíritu Consolador, que te dará las primicias de la salvación, el entusiasmo de la vida y la luz de la ciencia (II Ser. en el día de Pentecostés, n. 5, o.c. T. IV, p. 210).

También aquí están claramente enunciados los misterios de Cristo así como lo que hoy llamamos los frutos de los misterios. La finalidad del Rosario, como la del año litúrgico ¿no es acaso nuestra progresiva asimilación a Cristo mediante la meditación repetida de los principales episodios de la vida de Jesús? En Claraval se vivía de esta espiritualidad. Se lo constata otra vez en el elogio lúmbre que hace Bernardo del bienaventurado Humberto, monje benedictino de la Chaise-Dieu, que entró luego a Claraval. Humberto verdaderamente siguió los pasos de Jesús:

Si el Señor fue pobre, Humberto también. Si aquel padeció penalidades, éste también las experimentó, y mucho. Si aquel fue crucificado, este soportó cruces numerosas y pesadas; llevó en su cuerpo las llagas de Jesús... Aquel resucitó y éste resucitará. Aquel subió al cielo y de este también lo creemos (Ser. en la muerte de Humberto, n. 5, o.c. T. IV, p. 713).

Bernardo juzga de la vida espiritual de sus monjes en función de su situación respecto al misterio de Cristo:

En efecto, hay algunos en los que Cristo no ha nacido aún; hay algunos para los que Cristo no ha sufrido; los hay para quienes no ha resucitado aún. Para otros, no ha subido todavía al cielo; para otros, en fin, no ha enviado todavía el Espíritu Santo. El hombre orgulloso, que no aspira más que a las riquezas y honores terrenos, no puede decir todavía: ha nacido hecho niño por nosotros. Algunos hay para quienes Cristo no ha sufrido aún la Pasión, esos son los que rehuyen el sufrimiento... como si Cristo mismo no hubiera soportado los dolores... Algunos hay para quienes

Cristo no ha resucitado todavía... permanecen el día entero en la muerte... Para otros, Cristo ha resucitado, pero aún no ha subido al cielo... viven en medio de consuelos sensibles... para ellos es importante que Cristo se vaya... y que aguarden un poco hasta que el Espíritu Santo los revista del poder de los alto (4º Sermón de Pascua, n.1-2, o.c. T. IV, p. 113).

La misma idea de un apego demasiado sensible, y un tanto posesivo, espiritualmente hablando, se la encuentra en los *Sermones sobre el Cantar*:

En su oración, ven dibujarse ante ellos la figura del hombre-Dios, ya en su nacimiento, ya en el seno materno, a veces predicando, a veces muriendo, luego en la hora de la Resurrección y de la Ascensión, pero sea cual fuere la imagen evocada, de suyo inspira el amor de las virtudes, destruye los pecados de la carne, aleja los deseos culpables (20º Sermón sobre el Cantar, n. 6, o.c. T.V, p. 285).

Ahí tenemos, ciertamente, los frutos de los misterios. Otro pasaje de los *Sermones sobre el Cantar* trae nuevamente su enumeración. Es verdad que no se trata ahora de rosas sino de lirios. Poco importa: siempre son flores. Por otra parte era necesario que fuesen lirios puesto que San Bernardo explicaba: *Dilectus... qui pascitur inter lilia*: "El Amado entre los lirios". Una plegaria ritmada del Rosario dirá tiempo después:

Ave stella matutina,  
peccatorum medicina,  
O Maria flos virginum  
Velut rosa vel liliūm  
Funda preces ad Filium.

Bernardo está convencido de que:

... si Jesús se dio a sí mismo el nombre de lirio (Ego... liliūm convallium, Cantar 2,1), es ciertamente para significar que todo en él es un lirio: su concepción, su nacimiento, su vida, su palabra, sus milagros y sus misterios, su Pasión, su Muerte, su Resurrección, su Ascensión. En todo ello solo hay blancura y suave aroma.

Su concepción... nimbada de luz,  
su nacimiento... iluminado por la virginidad de María,  
su vida, por su inocencia personal;  
su elocuencia, por la verdad,  
sus milagros, por la pureza de su corazón;  
sus misterios, por los arcanos de la piedad,  
su Pasión por la voluntad de sufrir,

su Muerte, por la libertad que tenía de sustraerse a ella;  
 su Resurrección, por el coraje que iba a dar a los mártires;  
 su Ascensión, en fin, por las promesas que nos ha traído.  
 El aroma de fe, que exhala cada uno de esos misterios, llega hasta nosotros  
 y embriaga nuestros corazones" (Sermón 70º sobre el Cantar, n. 7, o.c. T.  
 V, p. 880-881).

Y los siete sellos del gran libro del Apocalipsis no son para Bernardo sino las "siete realidades... por las cuales la presencia de la Majestad divina estaba tan escondida en la carne que nadie podía abrir el libro ni conocer la sabiduría que en él estaba encerrada". Los siete sellos son:

... Ante todo los desposorios de la madre que velaban su maternidad virginal... Luego, la debilidad física de este niño: lloraba, mamaba, dormía... todo esto velaba el poder de su divinidad. Mencionemos también el signo de la circuncisión, remedio contra el pecado... También la huída a Egipto, ...¿Y qué pensar de la triple tentación en el desierto, en el pináculo del templo y por fin en lo alto de la montaña? ... El sexto sello es la cruz, donde fue clavado entre dos bandidos... Por fin, ... su sepultura, que cierra el libro y no hay sello que lo cierre más... Una vez que el Señor fue sepultado, solo quedaba aparentemente la desesperanza... ¡De ningún modo! Cesa de llorar, Juan; y tú también, María... Ha resucitado de entre los muertos... para mostrar con toda evidencia que todos esos sellos de que hemos hablado –todos esos velos– habían sido queridos por él y en modo alguno necesarios; no dependían de su condición, sino de su bondad (Sermón 1º para la Pascua, n. 11, o.c. T. IV, p. 81).

La lista de los misterios puede comportar variantes, pero siempre es la vida de Cristo lo que Bernardo tiene ante su mirada, y esto es lo que dará al Rosario su aspecto cristológico.

De tal enseñanza, a la vez tierna y vigorosa, brotaría lógicamente un día u otro, la costumbre de agregar a cada avemaría, como para colorearla diversamente y atenuar el carácter repetitivo de la plegaria, una cláusula final mencionando un misterio: "Y bendito es el fruto de tu vientre, que fue concebido del Espíritu Santo... que fue coronado de espinas... que resucitó de entre los muertos..."

Tenemos en nuestro poder varios ejemplos de esta práctica. La revista *Études et communications des Ordres bénédictin et cistercien* publicó en 1886 un manuscrito del monasterio de Wilhering, Alemania, donde en

el avemaría, el nombre de Jesús era seguido cada vez de una cláusula referente a uno de los misterios<sup>17</sup>. El manuscrito comienza por estas palabras: *Rosarium gloriosae Virginis Mariae...*, y trae varias leyendas relacionadas con el Rosario. No se dice qué antecedente inspiraba este manuscrito del siglo XV. Es posible que sea la copia de un manuscrito proveniente de las cistercienses de Santo Tomás an der Kill<sup>18</sup>. En efecto, se ha descubierto un volumen de oraciones de alrededor del año 1300, compuesto por diecisiete autores diferentes, solo cinco de ellos en alemán y los demás en latín.

Asimismo, en 1977, las *Analecta Cisterciensia* daban a conocer, sobre los orígenes del Rosario, otra colección de *Gaude* o de *Ave* mucho más larga que la precedente, ya que contaba hasta noventa y ocho cláusulas diferentes. Se trataba de un manuscrito proveniente del citado monasterio, en la región de Tréveris<sup>19</sup>. Esta abadía en estrecha relación con Himmerod, había sido fundada hacia 1185 o un poco antes. Así, mientras el cartujo Domingo de Prusia (+1460) siguiendo el consejo de su prior Adolf von Essen<sup>20</sup>, añadía cláusulas a sus avemarías, creyendo ser el primero en hacerlo, hacía ya más de un siglo que las cistercienses de Kylltall practicaban este método. A propósito, es bueno señalar al respecto que dichas cistercienses estaban muy ligadas al monasterio de Himmerod que estaba muy cerca. Himmerod había sido fundado por Claraval en 1134. Adalberón, obispo de Tréveris, lo había pedido formalmente a San Bernardo.

---

<sup>17</sup> *Studien und Mitteilungen aus dem Benediktiner und dem Cistercienser-Orden*, 1886, 2 fasc., Otto Grilinberger, Zur Marienverehrung im Mittelalter, p. 181-185.

<sup>18</sup> Cf. "Sankt Thomas an der Kill, ein Zentrum der Frauenmystik im 13/14. Jahrhundert", por el Profesor Dr. Wolfgang Jungandreas, de Tréveris, en *Viertel Jahrsblätter der Trierer Gesellschaft...*, 1958, 4 okt., p.61 ss.

<sup>19</sup> A. Heinz, "Die Zisterzienser und die Anfänge des Rosenkranzes" en *Analecta Cisterciensia*, 1977, pp.262-309.

<sup>20</sup> Cf. *D. Sp.*, Adolf von Essen, t. I, col. 209: "Tuvo la dicha de recibir en la Orden (hacia 1410) a este Domingo de Prusia que... dará tanto brillo a la Cartuja de Tréveris por la introducción, en la recitación del Rosario, de la meditación de los misterios de la vida de Nuestro Señor y de su Santa Madre... Adolfo tradujo, para el uso de la duquesa de Lorena, Margarita de Baviera, los misterios compuestos por Domingo (de Prusia). Dejó algunos escritos entre los cuales está *De commendatione Rosarii...*"

Entre los monjes que el abad de Claraval envió a dicha fundación, se encontraba un cierto florentino que sería un día el Beato David Himmerod<sup>21</sup>. Entre sus prodigios se señala el hecho siguiente: un religioso premonstratense, de la abadía de Steinfeld<sup>22</sup>, vino un día a su encuentro y le expuso:

...la inestabilidad de su espíritu, las fluctuaciones de su corazón y el dolor que todo ello traía a su alma. Entonces David comenzó a hablarle de los siete sacramentales, simbolizados por los siete sellos del gran libro del Apocalipsis y que son: la Encarnación, el Nacimiento, la Epifanía, la Pasión, la Resurrección, la Ascensión y el envío del Espíritu Santo. Le explica que esto es un poderoso remedio contra los ataques que lo hacen sufrir. El visitante, conformándose a los consejos del hombre de Dios quedó liberado inmediatamente.

El lector se habrá dado cuenta de que los misterios enumerados aquí son exactamente aquellos de los que hablaba Bernardo un día de Pascua, y que hemos citado un poco más arriba. Cada vez parece menos temerario admitir que el pensamiento de San Bernardo está subyacente a esta manera de orar y que tanto los monjes de Himmerod, filiación de Claraval, como las monjas de Santo Tomás an Kyll, a su vez dependientes de Himmerod, hayan sido influenciados por el Doctor melífluo.

Se encuentran también otros vestigios hasta en Inglaterra, en los escritos de Elredo. Como sabemos, Rieval era también fundación de Claraval, y el que fue padre maestro de Elredo, un tal Simón, procedía directamente de la casa madre. Además, Elredo tuvo contactos directos con Bernardo. Justamente fue este quien, como Padre inmediato, le pidió, más aún, le ordenó que escribiese el *Espejo de la Caridad*. Ahí, en el libro III, capítulo V, encontramos una lista detallada de los misterios de Cristo:

Se daña a sí mismo el que se deja corromper por alguna torpeza de la carne. ¿El remedio? Una mirada espiritual, llena de afecto, dirigida a nuestro Salvador, el Dios de majestad, aprisionado en un pesebre demasiado estrecho, apeteciendo el pecho virginal, abrazado por su madre, besado por los labios temblorosos y felices del anciano Simeón. Quien se deleita imaginando la dulzura de su rostro, la mansedumbre de su palabra, su compa-

---

<sup>21</sup> *La Vita Beati David Hemmenrodensis* fue publicada por D. Ambrose Schneider en *Analecta S. Ord. Cisterc.* XI (1955), fasc. 1-2, p.37.

<sup>22</sup> Steinfeld, abadía de Premonstratenses en la diócesis de Colonia, hoy Aquisgrán.

sión por los pecadores, su condescendencia por los enfermos y los desdichados, la acogida que le dispensó a la pecadora, la comida que compartió con los publicanos... ese tal ¿cómo podría mancharse con los placeres de la carne? Y si contempla lo que hoy llamamos los misterios dolorosos, ¿cómo podría no soportar todo aquello que pudiera recordarle la Pasión de Jesús: los salivazos, los ojos vendados, las espaldas flageladas, la cabeza coronada de espinas, la cruz, los clavos, la lanza, la hiel, el vinagre; quien considere todo esto —pues no se trata de escribirlo sino de meditarlo— ¿podría todavía irritarse, impacientarse, no perdonar? (Espejo de la caridad, L. III, col 5; PL 195, col 581-582).

Estas mismas consignas reaparecerán en el libro que escribió para su hermana, titulado *Vida de reclusa* (SC vol 76, p. 117ss., n.29). Elredo parte de la Anunciación y menciona uno tras otro, la Visitación, el Nacimiento, la huída a Egipto, la peregrinación a Jerusalén, el Bautismo en el Jordán, diversos episodios de la vida pública, luego la Pasión y la aparición del Resucitado a Magdalena. Como lo hace notar Charles Dumont, esta meditación que Elredo aconseja a su hermana "es nueva en su forma y anuncia ya los misterios del Rosario"<sup>23</sup>. Volvemos ahora sobre el canal de la Mancha y el Mediterráneo y lleguemos al lago de Albano, cerca de Roma. Nos encontramos allí con un antiguo abad de Hautecombe y de Claraval, Enrique de Marcy, que ha devenido cardenal-obispo de esta sede suburbicaria<sup>24</sup>. Este importante cargo no le impide escribir un largo tratado sobre *La ciudad de Dios peregrinante* en el cual se halla la expresión *rosae mysterium*. Donde San Bernardo hablaba de lirios, Enrique habla de rosas. ¡Ya se respira a distancia el perfume del Rosario!<sup>25</sup> Emplea esta expresión cuando explica la costumbre litúrgica de la rosa de oro que el Papa bendecía el domingo Laetare<sup>26</sup>. Este tratado contiene páginas admirables sobre la Virgen. La "Ciudad de Dios" de la que está hablando tiene

<sup>23</sup> Ch. Dumont, "Aspects de la dévotion du Bx. Aelred à Notre-Dame" en *Collectanea Cisterciensia*, 1958, p. 313.

<sup>24</sup> Gaetano Raciti, "Henry de Marcy" en *D.Sp.*, VII col. 225-227.

<sup>25</sup> Enrique de Claraval, *De peregrinante civitate Dei*, PL 204, col. 396 B: *rosae mysterium minime parvipendendum*.

<sup>26</sup> Sobre la bendición de la rosa de oro V. D. Joseph Kreps, osb, "La rose d'or", en *Questions liturgiques et paroissiales*, Mont-César, Lovaina, T. XI (1926) pp. 71-104; 149-178. Poseemos también la carta en la que el papa cisterciense Eugenio III ofrecía la rosa de oro al rey de Castilla (PL 180, col. 1345-1347).

doce puertas, siendo la duodécima la Virgen María, la más alta de todas y por la que pasan muchísimas gracias. Enrique se pregunta ¿de quién sino de labios de la Virgen, pudo el que nos lo transmitió haber escuchado el relato de la Anunciación, el *Ave tam suave?* Sigue el enunciado de los misterios de la infancia: el Nacimiento, los pañales, el pesebre, la posada con un cartel que dice 'completo', el anuncio a los pastores, el canto de los ángeles, la imposición del nombre *-in corde jubilus-* (Enrique de Marcy, *De peregrinante civitate Dei*, PL 204, col. 332).

La cumbre de todas las promesas y de las visiones de los patriarcas es la humanidad de Cristo con sus misterios: Nacimiento, Bautismo, predicación, sepultura, Resurrección y gloriosa Ascensión. Más lejos, encontramos el esbozo de un breve comentario, hecho al pasar, del *Ave* y del *Dominus tecum*. El Señor está ciertamente con todos los bautizados, pero está en María de una manera especialísima, muy superior: en ella, el tallo de Eva da una rosa (o.c. 341 C)<sup>27</sup>. Y las doce estrellas que coronan su cabeza son como las doce fiestas de ella y de su Hijo. Conocemos la lista: Natividad de María, Anunciación, Nacimiento de Jesús, Circuncisión, Epifanía, Candelaria, Triduo de la Pasión, Resurrección, Ascensión, Asunción (o.c. col 345 A-B).

Otra imagen: Cristo es el sol, María es la varilla de oro de nuestro cuadrante solar. Ella indica las grandes Horas de la historia de la Salvación. Y la enumeración retorna con variantes, ya que encontramos además: la huida a Egipto, el Bautismo de Jesús, la Transfiguración y el descenso a los infiernos (o.c. col. 344 B).

Sobrevolemos los Alpes y pasemos de un lago a otro, del lago de Albano al lago Lemán, en Suiza. En sus orillas nos encontramos con Amadeo de Lausana, también originario de Claraval, como Enrique de Marcy. Había sido abad de Hautecombe a los veinticinco años y después obispo de Lausana. Amadeo pronunció ocho homilías en honor de la Virgen, cuyo conjunto constituye una especie de tratado sobre las glorias de María. La lectura de estas homilías da inmediatamente la impresión de que Amadeo

---

<sup>27</sup> Cf. la bonita expresión de Pedro de Celle, benedictino, en su *Carta 66 a Nicolás de Claraval: Jesus de spina. Passionis protulit rosam Redemptionis* (sobre las espinas de la Pasión, Jesús ha hecho florecer la rosa de la Redención) PL 202, col. 507 B.

realiza lo que el P. Máximo Gorce llama "el simbolismo florido de San Bernardo"<sup>28</sup>. El mismo autor habla de Santo Domingo que "exhalaba una devoción florida a la Virgen: era la de los cistercienses y de los devotos de la época" (o.c. p. 77). El simbolismo de la rosa estaba "indisolublemente ligado a la alegría del Ave y a las diversas alegrías circunstanciales de la Virgen" (o.c. p. 56).

En efecto, encontramos nuevamente en Amadeo la enumeración de los misterios. Todos han sido predichos en el Antiguo Testamento y cumplidos en el Nuevo:

Por un lado, en efecto, leemos que Cristo debía nacer de una virgen, sufrir en su carne, resucitar en gloria, ascender entre gritos de júbilo, sentarse a la derecha del Padre y distribuir a los creyentes los dones del Espíritu. Por otro lado leemos su nacimiento, su pasión, su resurrección, su ascensión, y cómo infundió a los suyos los dones del Espíritu<sup>29</sup>. Solo ella mereció concebir al verdadero Dios de verdadero Dios. Virgen, trajo un hijo al mundo; virgen, ella lo amamantó, estrechándolo contra su seno, y lo alimentó en todo con la devota solicitud de una esclava. Asimismo, ella sufrió con él cuando murió, más en espíritu que en la carne, y revivió en espíritu con él cuando resucitó (o.c. p. 240).

El Señor, presente cuando ella salía de su cuerpo, proclama sus alabanzas diciendo: "Eres bellísima, oh madre mía... bella desde tu nacimiento hasta la muerte, bella en la concepción virginal, bella en el alumbramiento divino, bella en la púrpura de mi pasión y particularmente bella en el esplendor de mi resurrección" (o.c. p. 248).

Ahora se pregunta Amadeo por qué María no subió enseguida al cielo con Jesús. Y responde: porque el Señor quiso que "después de su retorno al Padre, los apóstoles pudiesen gozar de la ayuda y de la educación maternas". Es María quien "hizo brotar para nosotros de su seno inmaculado, como de un prado virginal, la fuente de la Sabiduría (o.c. p. 240). Ella es, en efecto,

---

<sup>28</sup> P. Máximo Gorce, *Le Rosaire et ses antécédents historiques*, Paris, Picard, 1931, p. 18.

<sup>29</sup> Amadeo de Lausana, *Huit homélies mariales* SC 72. El articulista cita según esta edición hecha según el ms 303 de la Biblioteca cantonal de Friburgo (Suiza). Se hallarán también estas homilías en PL 188, col. 1303-1346. En español las citas tomadas de la edición de PP CC 7.

...la fuente de los jardines espirituales y los pozos de aguas vivas y vivificantes que brotan en torrentes del Líbano divino, que hace correr... aun hacia las naciones que están alejadas, ríos de paz y arroyos desbordantes de gracias celestiales (o.c. p. 245).

La presencia de María ofrecía la suavidad agradable de la primavera y dondequiera ella se volviese para otorgar sus favores, era el paraíso: "Tus brotes, dice el Esposo, son un paraíso de granados con frutos exquisitos" (o.c. p. 244). Amadeo nos ofrece un canasto colmado donde estos se hallan junto a plantas aromáticas: la alheña, el azafrán, la canela, la mirra, el áloe. En la Resurrección, las lluvias han cesado, las flores aparecieron en nuestra tierra; las flores son los dos ángeles sentados sobre el sepulcro vacío:

Justo es que sean llamados flores, porque la eternidad del Dios supremo les vale una eterna primavera; siempre en flor, jamás se marchitan, jamás se caerán, permanecen inmutables en su inalterable belleza (o.c. Hom. VI p. 234).

Es inútil multiplicar las citas. Rara vez ha sido subrayada con tanta insistencia la unión de Jesús y de María. Su cumbre fue la Asunción de la Ssma. Virgen:

No nos está permitido pensar que su cuerpo haya experimentado la corrupción... ella contempló con los ojos del alma y del cuerpo al Hombre Dios en sus dos naturalezas (o.c. p. 250).

Pío XII citó esta frase de Amadeo en la Bula *Munificentissimus Deus*, que define el dogma de la Asunción corporal de María.

A alguna distancia en el tiempo, o sea a principios del siglo XIII, encontramos "los dos brotes tardíos de la estirpe claravaliana" que, al decir de Dom Jean Leclercq, no son los menos atrayentes: Helinando de Froidmont y Adán de Perseigne<sup>30</sup>. El primero emplea tres veces el vocablo *rosarium*<sup>31</sup>, sin embargo no se refiere con él al Rosario sino simple-

<sup>30</sup> Jean Leclercq, en *Histoire de la spiritualité chrétienne*, t.2, p. 265.

<sup>31</sup> PL 212, col. 645 C: *In hoc mundo tamquam in magno quodam rosario nec rosae sine spinis sunt, nec spinae sine rosis... semper flores rosarum spinarum aculeos superare debent quod in omni rosario faciunt*. Cf. col. 665 B: *Sic etiam rosarium semper aliquo turbine sua purpura denudatur*. Para la historia de la palabra *rosarium*, cf. P. Mahé (ver nota 10), p. 109.

mente a un rosedal, el rosedal de este mundo donde no se hallan rosas sin espinas, y tampoco, gracias a Dios, espinas sin rosas. El tallo que sostiene unas y otras es la tribulación y la tribulación produce la paciencia para soportar las pruebas y para saber esperar las rosas. En el tallo de nuestro corazón, las rosas deben prevalecer siempre sobre las espinas punzantes, como ocurre, por otra parte, en todos los rosedales... En nuestra vida mortal es inevitable que las espinas se entremezclen con las rosas... las rosas sin espinas sólo se encuentran en el cielo; las espinas sin rosas, solamente en los infiernos, donde son quemadas.

Ya vemos que Helinando, antiguo trovador, no dejó su carisma poético a la puerta de Froidmont. Le gusta detenerse en medio de las rosas. Todo su primer sermón para la Asunción está consagrado a María "rosa mística", partiendo del texto bíblico con que lo encabeza: "Creced como la rosa plantada al borde de las aguas" (PL 212, col. 636s.). Helinando describe la rosa pétalo por pétalo, por decirlo así, con lo cual podría despertar los celos del autor de *Le petit Prince* (El Principito), que escribía:

Cuando nace una nueva rosa en los jardines, todos los jardineros se conmueven. Aíslan la rosa, la cultivan, le otorgan su favor<sup>32</sup>.

Para nuestro cisterciense, María ha sido favorecida entre todas las mujeres, hermosísima, sin mancha ni arruga. "El autor de toda belleza la ha amado con un amor singular" (PL 212, col. 640 B).

La belleza de la rosa depende de dos causas: su color y su forma. Su color tan delicado simboliza la pureza de la Virgen, su corola abierta como una diadema, su realeza (PL, col 645)<sup>33</sup>.

La *gratia plena* del avemaría da a Helinando la ocasión de disertar sobre esta plenitud. Esta expresión ha sido empleada para otros santos, lo que no quiere decir que todas estas plenitudes sean iguales: son proporcionadas a la capacidad del alma que la recibe. Ahora bien, excepción hecha de Cristo, ningún otro ser, ángel u hombre, ha sido colmado jamás tanto como María: ella fue llena de gracia, no con intermitencias sino de manera continua; su gracia creció sin cesar como la aurora deviene el día.

<sup>32</sup> A. de Saint-Exupéry, *Terre des hommes*, fin.

<sup>33</sup> El texto íntegro de este pasaje está traducido en *Collectanea cisterciensia* 1958, pp. 287-288.

María es la rosa, y la rosa es el símbolo del amor. Es el amor lo que explica todos los misterios de la vida de Jesús, cuya enumeración tampoco podría faltar en Helinando:

La ley de Dios es la caridad... Esta es la que ha hecho hacer a Cristo todo cuanto él ha hecho y sufrir cuanto ha sufrido. Ella es la lo que ha hecho devenir hombre, siendo Dios, hacerse pobre siendo rico, siervo mientras que era Señor... circunciso, él que nada tenía que cercenar, rescatado mediante una ofrenda, siendo así que jamás había cedido al pecado; bautizado, él que nada impuro tenía; acusado, flagelado, objeto de burlas, siendo inocente; condenado sin motivo, y todo ello para rescatar a aquellos que estaban bajo el peso de la ley de Moisés, ley de la muerte y del pecado, de los cuales nos ha rescatado muriendo por nosotros y resucitando de entre los muertos (Sermón para la Purificación, PL 212, col. 542 A-B).

Esta lista de la misma vena poética que las ya citadas, procede de la misma admiración:

Como la rosa es la más hermosa de las flores, así María es la más hermosa de las mujeres... es el rosal que ha dado la más bella rosa, la flor del mundo, Cristo, quien dijo: "Yo soy la flor de los campos" (1º Sermón para la Asunción, PL col. 644 B-D).

María es la tierra bendita entre todas aquellas a las que le ha sido concedido florecer, dirá Helinando un día de Navidad, y agregará, orgulloso de su Orden: "En esta tierra han sido plantados los cistercienses" (2º Sermón de Navidad, PL 495 D).

Junto a Helinando hallamos a Adán de Perseigne, su contemporáneo (+1121). El canónigo Bouvet, que ha publicado algunas de sus cartas, lo llama "poeta de nacimiento"<sup>34</sup>. De hecho, nos damos cuenta de ello desde su primer sermón para la Anunciación:

El tallo de Jesé, es decir la Virgen María, ha dado la más hermosa de las flores y la más perfumada, quiero decir, Cristo; es hermoso en el tallo en el que ha florecido, hermoso en el jardín cerrado donde fue sepultado, hermoso en el jardín del Paraíso donde los ángeles lo contemplan y aspiran su perfume.

---

<sup>34</sup> SC 66, p.10 "poeta de nacimiento que ha devenido teólogo". Cf. p. 20 "poeta religioso".

Una vez más, todos los misterios de Cristo están ahí, reunidos en el símbolo de la flor. Y Adán continúa:

Ved que con toda justicia llamamos "flor" a aquel a quien jamás se lo encuentra fuera de un jardín. Su perfume invita al culpable a pedirle perdón, al pecador a contar con su indulgencia; da al mártir el coraje de perseverar hasta vencer y al peregrino el de tender hacia la patria.

Cuando nuestro tallo dio esta flor había llegado la primavera, el invierno había terminado, las lluvias habían cesado. Con esta fiesta (la Anunciación) las flores aparecen en nuestra tierra, recomienza un año de bondad y de misericordia, es el comienzo de la primavera, el tiempo de las flores, el día de la salvación (1<sup>o</sup> Sermón para la Anunciación, PL 211, col. 709).

La Virgen no es más que primavera: "primavera por dentro y primavera por fuera, virgen en su alma, que es rosa de caridad, y en su cuerpo, que es lirio de virginidad"<sup>35</sup>.

Ella es la fuente de los jardines, es decir, de las santas asambleas. Tantos jardines hay en la Iglesia cuantas comunidades santas que vivan creyendo en el alumbramiento virginal... María es la fuente de la que ellas brotan; me parece que es a la Virgen misericordiosa a la que están especialmente consagrados los monasterios cistercienses: todos están dedicados a la memoria y a los méritos de esta Madre... y los monjes, por la blancura de su hábito y por el nombre que llevan, reproducen el candor virginal del lirio. Por eso se los llama los monjes blancos... (Sermón para la Asunción, PL 211, col. 739 C-D. Cf. Robert Thomas, "Pain de Cîteaux" n<sup>o</sup> 18, p. 73).

Todos los misterios de Cristo se han desarrollado a partir de María: en ella asumió el Verbo todas las miserias del hombre:

Ser concebido en carne tan frágil, nacer para trabajar, someterse a todas las necesidades humanas, ser encerrado en el calabozo del cuerpo, ser prisionero de una carne de pecado, para terminar, por fin, en una muerte inevitable. Todas estas servidumbres las asumió el Verbo, Hijo de Dios, no por necesidad, sino libremente... Por eso, todo en él es misericordia y compasión (2<sup>o</sup> Sermón mariano, PL 211, col 718 A-B).

Vemos que la enumeración de los misterios reaparece incesantemente. Ella nos muestra qué cercana a nosotros y a nuestra condición humana se hizo la divinidad en la Encarnación. Y la Encarnación se realizó en María. De ahí la confianza que podemos tener en María. Al fin de su Marial,

<sup>35</sup> *Carta 8 a Esteban, prior de la Cartuja de Portes*, PL 211, col. 606 B.

Adán nos invita a recurrir sin cesar a ella. Sus palabras recuerdan las de San Bernardo al terminar su segunda homilía sobre el *Misus est*. El abad de Perseigne prevee un poco las situaciones difíciles de las que no podemos salir por nosotros mismos: "si te sucede", dice y repite: "si... sí... sí". Esta serie de condicionales había inspirado a D. Leclercq calificar de "sinfonía en si" el pasaje análogo de San Bernardo. Veamos el texto de Adán:

María es felizmente la estrella del mar para el que navega en aguas peligrosas. Ella es la puerta de toda misericordia para el mundo que naufraga... Si deseas el perdón de tus faltas, mira a María con confianza y tú obtendrás misericordia; si, arrastrado por la prueba, sientes que zozobras a causa de tu flaqueza, refúgiate junto a María y encontrarás fuerza y paciencia; si el amor del mundo al que habías renunciado te acosa de nuevo, recurre a María, soberana del mundo, y pisotearás como estiércol todo lo mundano; si los atractivos de la carne te agujiorean, invoca a la Virgen, invoca a María... y el pernicioso ardor que se encendió en ti se apagará. Cada vez que el demonio te presente batalla, huye hacia María, reina de los ángeles... ella es el puerto, ella es la puerta del paraíso (Sermón para la Asunción, PL 211, col. 743-744)<sup>36</sup>.

En Adán de Perseigne, un poco anterior a Esteban de Sallay, que escribió sobre *Los gozos de Nuestra Señora*, tenemos que destacar todavía su insistencia en meditar los misterios de la infancia de Jesús: Adán quiere extraer del pesebre toda su filosofía. Es allí, dice, donde podemos hacer una idea, si bien muy tenue, del amor que Dios nos tiene:

Para Dios, amar no es otra cosa que existir. ¡Y hay tanta diferencia entre aquel que es el Amor y el que solo participa del amor!

Por eso, el abad de Perseigne escribe al abad benedictino de Turpenay, en la diócesis de Tours:

Volvamos al portal, hagámonos niños con el niño, compartamos con él su ligera comida. ¿no somos acaso sus hermanos de leche? Los numerosos lactantes no agotarán el seno de la Virgen, que está lleno de cielo. ¡Ah, qué bien se está ahí!<sup>37</sup>.

<sup>36</sup> Cf. Robert Thomas, *Pain de Cîteaux* nº18, p. 73. Cf. pasaje estrictamente paralelo, *Carta XVI*, col. 635 A-B, en SC 76, p. 81.

<sup>37</sup> *Carta III al abad de Turpenay*, n. 30-31, SC 66, pp. 87-89; *adhuc infantizemus cum parvulo*, ibídem p. 86.

D. Vicente Hermans resume así el mensaje de Adán: "Por María a Jesús niño, por Jesús niño a Jesús crucificado, de Jesús crucificado al Espíritu Santo y a la Trinidad". Luego exclama: "¡Qué sublime programa!"<sup>38</sup> A veces le parece que Adán ha superado a Bernardo y a Elredo. En todo caso, hace suya la expresión de la Patrología latina: "Adán vive *totus marianus*", y se extraña de que D. Le Bail, en su artículo del Dict. de Spiritualité sobre Adán haya podido pasar por alto esta característica. Para D. Vicente, Adán es "uno de los autores más interesantes de la Orden". Repite esto dos veces.

En cuanto a los misterios dolorosos, el P. Mahé piensa que su meditación habría aparecido mucho después que los misterios de la Infancia por la influencia de los círculos franciscanos y, entre los dominicos, por la influencia del Beato Suso, gran devoto de los dolores de María<sup>39</sup>. Notemos que en el Cister, todos los misterios, tanto los de la Pasión como los demás, formaron parte desde los comienzos de la meditación de los monjes. Así lo muestran las numerosas citas que hemos presentado a lo largo de este artículo.

### Conclusión

Los textos presentados en estas páginas prueban que hablar de los "antecedentes" cistercienses del Rosario nada tiene de extravagante. Con toda evidencia, poseemos los elementos de una prehistoria del Rosario. Esta devoción procede de los claustros, donde los monjes acogían en su corazón y repasaban una y otra vez los misterios de Cristo vividos en María. He ahí la significación original del Rosario, dice el P. Mahé.

El Ave es un grito de admiración ante el esplendor de la Redención cumplida en María, de una redención que comenzó en ella para fluir hacia nosotros y en la cual estamos seguros de participar si nos alistamos en las filas de Nuestra Señora. Los misterios nos recuerdan las etapas de la Redención o bien los "estados" del Redentor, en los cuales él, asociándose a

<sup>38</sup> D. Vicente Hermans, *Spiritualité monastique*, Roma, 1954, mimeografiado p. 247.

<sup>39</sup> "Aux sources du Rosaire", en *La Vie Spirituelle, supplément* n° 16, 15 février 1951, p. 110.

la Virgen, nos hace participar. El Rosario es una devoción a la Redención, considerada como un encuentro personal con el Redentor que viene hacia nosotros. La Sma. Virgen, por ser la excelsa cima de la humanidad, fue la primera en gozar de este encuentro, y de la manera más perfecta<sup>40</sup>.

*Abbaye Notre-Dame de Tamié  
Plancherine  
73200 Albertville*

---

<sup>40</sup> P. Mahé, *ibídem*, p. 118.